

ran 1.188 individuos, de los que se ha procurado indicar títulos nobiliarios, datos de nacimiento y muerte, adscripción social, ocupación paterna, estudios cursados en los tres niveles de enseñanza, titulación académica, profesión, carrera profesional, *cursus* político-administrativo, períodos en que ejerció como parlamentario, etapas o reinados en que fue ministro y ministerios concretos que desempeñó, con indicación de las fechas de ingreso y cese. A partir de este cúmulo de datos, los autores proyectan, para un futuro que suponemos próximo, la confección de un «Diccionario biográfico ministerial». Por el momento, sin embargo, nos adelantamos este magnífico fichero del que los estudiosos podrán sacar indudable provecho.

Los mismos doctores Cuenca y Miranda llevan a cabo una amplia y sistemática explotación estadística de esos datos en un estudio introductorio de 300 páginas, con abundantes tablas intercaladas, en el que se contemplan desde la edad y procedencia geográfica de los ministros, hasta su nivel cultural en determinadas épocas (isabelina, Restauración y franquismo).

Para un americanista, el interés se centraría en las cinco docenas de ministros de Indias o de Ultramar que aparecen registrados desde que lo inauguró don Bernardo Tinajero en 1714 (no 1754, como por errata

se dice en pp. 247-248), hasta su lógica extinción en 1900. La cifra de sesenta ministros, en números redondos, en casi dos siglos, parece indicar una moderada permanencia de cada titular en el cargo. En realidad el ritmo de variación resulta mucho más acelerado si se tiene en cuenta que en realidad este ministerio desapareció a finales del siglo XVIII y tuvo una existencia intermitente a lo largo del XIX. Por otra parte, se advierte el contraste entre el XVIII, centuria en la que unas pocos nombres aseguran la continuidad en el gobierno, y el XIX, en el que las frecuentes crisis determinan la fugacidad de los nombramientos.

En el XVIII, restablecida la Secretaría de Indias en 1721 después de la privanza de Alberoni, este ministerio es encomendado por períodos superiores a una década a Patiño (1726-1736), Ensenada (1743-1754), Arriaga (1754-1776, veintidós años, caso extremo), y Gálvez (1776-1787). Subraya esta voluntad de permanencia por parte de la Corona el hecho de que, salvo Ensenada, víctima de una conspiración, los otros tres murieron en el ejercicio del ministerio. Otro tanto ocurrió con Pez en 1724 y con Campillo en 1743. Es bien conocido además el hecho de que la cartera de Indias fue acumulada con otra u otras, principalmente Marina, pero tam-

bién Hacienda o Estado. Sólo Gálvez fue ministro exclusivamente de Indias, siendo el cargo dividido a su muerte y luego, en 1790, suprimido por Floridablanca.

En el siglo XIX, aparte del restablecimiento de este ministerio por la monarquía de José I, también reapareció brevemente (1812-1815 y 1820-1823) en la España de la Regencia y de Fernando VII, alterándose la denominación de Indias con la de Ultramar. La última etapa de esta institución, ya con el nombre de Ultramar, comienza en 1863, con Gutiérrez de la Concha, quien, como varios de sus sucesores (Cánovas, Maura y Moret, entre otros), alcanzaría la presidencia del Gobierno. Los autores advierten algunas de las peculiaridades de esta cartera: son varias las personas que la ocupan dos o más veces, y son frecuentes en ella los escritores o intelectuales (Balaguer, López de Ayala, Núñez de Arce). También son muy numerosos los individuos nacidos en Ultramar que ocupan este y otros ministerios.

En obra de tanto empeño, los autores no han rehusado la posibilidad de definir el origen social de los miembros de la élite ministerial, distinguiendo a los nobles (con títulos antiguos o nuevos) en contraposición de los burgueses, los de clase media y los de clase modesta. Más aún, se han esforzado por proporcionar el perfil del «ministro

tipo», perfil cambiante según épocas. Así llegan a determinar que los ministros del XVIII solían ser nacidos en Madrid o en el País Vasco, en tanto que en el XIX la mayoría nacían en alguna de las capitales andaluzas. Después vendría la diversidad de las carreras funcional o política, hasta alcanzar el Ministerio y después de haberlo ejercido.

Habiendo estudiado con anterioridad la jerarquía eclesiástica de la España contemporánea, el doctor Cuenca Toribio demuestra en *El poder y sus hombres* el dominio alcanzado de la metodología para el estudio de grupos, junto con la voluntad de acometer objetivos cada vez más ambiciosos, noble propósito en el que la doctora Miranda García colabora con plena eficacia.

Luis Navarro García

Jean Starobinski, de cuerpo entero*

Dotado de varias profesiones (desde el piano a la psiquiatría), Jean Starobinski, bajo la advocación de Montaigne, ha ido cumpliendo una obra de ensayista, en el sentido raigal de la palabra: ensayar, intentar. En una época heredera del viejo positivismo reverdecido en el nuevo de los estructuralistas, rehusó encajarse en los moldes de la obediencia científica. Por mejor decir, de su imperialismo, el cientificismo, que lo cree todo explicable científicamente, incluso el impulso intuitivo que mueve a la ciencia misma y a sus hombres. Antes y al final, Starobinski ha preferido una suerte de entendimiento poético, que explica con estas palabras: «El poder de la poesía (...) consiste en hacernos sentir que el conocimiento objetivo más perfecto, para los seres finitos que somos, jamás podrá constituir el todo de la vida y

el sentido». Nuestra existencia es fragmentaria y nuestra consciencia quiere siempre ampliar el alcance dado de las palabras. En ese espacio de analogía virtual se sitúa el entendimiento poético, una apelación a nuestra libertad. Con ella y desde ella ha trabajado Starobinski: su amplitud de intereses resulta la prueba más visible. Aspirando a lo universal desde una situación individual históricamente particularizada, ha desplegado su ensayo, su intento.

Era inevitable que, en cierto instante de su madurez, se ocupara del cuerpo. La música, la medicina, la escritura, tienen una realidad corporal no sólo inmediata (todo lo vivo lo tiene) sino especialmente significativa. Para Starobinski, la actitud elemental, fundacional, del filósofo (Sócrates es el ejemplo obvio) consiste en estar acostado, en colocar el cuerpo de modo que descanse, sereno, equilibrado, y ello hasta la propia agonía. El filósofo acostado contempla la altura a la vez que deja fluir su interioridad. Conserva su enigmático salvajismo interior hasta en el mundo moderno, acosado por un medio externo agresivo, hostil, a veces inhabitable.

El cuerpo es anterior a todas las categorías de la compleja trama subjetiva, tan aquerenciada en la cultura de Occidente. Ya Maine de Biran lo define como aquello que aparece al yo como suyo. Nacemos

* *Jean Starobinski, Razones del cuerpo, edición de Julián Mateo Ballorca y Fernando Vidal, Cuatro, Valladolid, 1999, 237 pp.*

con esa percepción de lo propio, el cuerpo. Entonces actúa como una totalidad, la cenestesia. Tardío y construido, aparece luego el mundo exterior. Existe a partir del cuerpo propio, como una modificación de éste.

Lo primero que supo el ser humano, en el grado cero de la historia, fue el carácter moral de su realidad corpórea, Adán y Eva en su impúdica desnudez. Esta viñeta es el emblema de la sociedad que, por medio del lenguaje, domina la consciencia y legisla sobre el cuerpo. Freud llevó, precisamente, por medio de la palabra, el inconsciente desde lo puramente orgánico al aparato psíquico, porque la palabra es la que cubre y, en consecuencia, organiza el pudor, que es el fundamento de la convivencia social. No mostrarás, no dirás.

Starobinski razona en términos de lenguaje, a partir de la escena anterior, el mito del Paraíso perdido. Lo paradisiaco fue un medio verbal donde el mismo signo era, a la vez e indisolublemente, música, poesía y ciencia. Hombre, Dios y naturaleza conformaban una unidad, la Unidad. Palabra perfecta y comunicación plena se correspondían. Luego vino la historia, a partir de la expulsión: la ciencia consideró erróneo lo meramente sensible, arrinconado o exaltado como dominio del arte, del otro saber. En el arte lo meramente subjetivo y lo inconmensurable

dejan de ser residuales, cantidades desdeñables de la existencia, y acaban siendo rescatados por la poesía, con lo que se completa una imagen dual, dialéctica, vivaz, del universo: un centro regular (dominio de la ciencia física) y una superficie irregular (dominio de la poesía). Lo sensible es el saber de esta última, en plan de revelación, de epifanía de la vida individual. El individuo presente ante sí mismo contiene la presencia universal en el mundo.

En la poesía late la aspiración a una lengua universal, aquella que tuvimos en el Paraíso, sólo existente como pérdida. Entre tanto, vivimos entre las lenguas y los bables de Babel. Somos púdicos en tanto sociales y soñamos con la impudicia de la palabra desnuda y desvergonzada, que a veces entreluce en el canto.

Desde luego, el tejido temático anterior lleva a considerar el asunto de la personalidad/identidad. El cuerpo emite una cantidad de mensajes, mayormente inconscientes, y su percepción es lo que llamamos personalidad. No sabemos si el cuerpo cuenta con un lenguaje o si sus mociones son recibidas como lenguaje por la consciencia. En todo caso, ella es un agregado, un epifenómeno. La conforman, sobre todo, las palabras inducidas por la sociedad, por la educación y su larga herencia cultural. Cuando la respuesta verbal es insuficiente en